

Bill Viola, en éxtasis

EL ARTISTA

Las claves de un éxito no anunciado

Todavía recuerdo el impacto que causó hace ya unos cuantos años la visión de un vídeo de Bill Viola en una edición de ARCO en Madrid. En todas ellas siempre ha habido alguna obra que indefectiblemente ha terminado por estar en boca de todos los espectadores, en la gran mayoría de los casos, más motivado por estrategias mediáticas o sensacionalistas que por su propia valía artística. En esa ocasión, la calidad del producto iba absolutamente maridada a la cantidad de su difusión...

A modo de gurú

No es fácil definir en unas pocas palabras la dimensión de la obra de Bill Viola (Estados Unidos, Nueva York, 1951). Considerado por muchos como el gran gurú del videoarte contemporáneo, para el propio artista este lenguaje ha sido siempre un vehículo con el que hacer visible lo invisible y cartografiar la enorme complejidad del mapa físico y espiritual de la experiencia de las emociones humanas.

Viola cree que esta se basa en una percepción global de imagen, sonido y tiempo, factores que precisamente resultan ser clave en todos sus vídeos. Con esos elementos intenta expresar la líbil frontera que separa la realidad de la ficción; un limen a menudo tan borroso e impreciso como el del sueño (lo subterráneo, lo inconsciente y lo onírico), o el del agua y el fuego (ingredientes que componen también buena parte de su sintaxis artística).

Junto a ello, la referencialidad y el interés por algunos de los grandes maestros del arte del pasado y el deseo de expresar -de una manera inequívocamente escenográfica y barroquizante- el gran teatro de las pasiones humanas, son asimismo algunas de las otras constantes que dibujan el rico y plural universo de sus vídeos.



José de Ribera es el compañero de viaje de los cinco protagonistas de este vídeo de Viola

«EL QUINTETO DE LOS SILENCIOSOS»

Tras la tempestad llega la calma

El mes de enero va a ser el mes de Bill Viola en Madrid. Por un lado, coincidiendo con los últimos coletazos del bicentenario de Wagner, el Teatro Real presenta desde mañana un montaje de *Tristán e Isolda* con dirección escénica de Peter Sellars, dirección musical de Marc Piollet y algunas de sus videoinstalaciones. Un territorio (el operístico) muy adecuado para la elevada temperatura teatralizante de sus obras, y un autor, como Wagner, que encaja con buena parte de sus «pasiones» coordinadas expresivas. Precisamente, su serie de «Las Pasiones» articula el otro evento artístico en el que Viola es aún más protagonista. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando inaugura hoy una muestra en la que podrán verse cuatro de los vídeos de esa serie, junto a obras de maestros de la pintura española como Ribera, Zurbarán y Goya, entre otros, así como con la *Dolorosa*, de Pedro de Mena.

El espectador que acuda a ver esta interesante y bien urdida exposición encontrará un primer momento de intercambio visual y

mental, entre el pasado y el presente, al contemplar el vídeo *El Quinteto del silencio* en compañía de unas espléndidas pinturas de Ribera (*La Asunción de la Magdalena*, el *Ecce Homo*, *San Jerónimo*, *San Bartolomé*) u otras no menos espléndidas obras como el *Cristo en la Cruz* de Alonso Cano, o la *Magdalena penitente* de Carreño de Miranda.

Puro barroquismo

La pieza de vídeo, que despliega sobre un gran LCD una escena llena de intensidad emotiva, en la que aparecen cinco personajes masculinos oficiando una suerte de gimnasia expresiva que va *in crescendo* hasta alcanzar un climax de dramatismo que finalmente remitirá para llegar a un estado de calma ensimismamiento, armonizada con la intensidad dramática de estas pinturas del barroco español, mostradas bajo una luz tenue, casi en penumbra, como si fueran testigos con sordina de esos cinco símbolos del silencio. La imagen a

cámara lenta muestra con morosidad toda la gama de expresiones de los personajes, que parecen detener el tiempo y sus acciones.

LA DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES ES UNA MUY INTERESANTE Y BIEN URDIDA EXPOSICIÓN



Infografía del montaje de «Dolorosa» en las salas

«DOLOROSA»

Vivir es sufrir poco a poco

En relación a estos grandes maestros del arte español con los que ahora comparte aquí espacio y dicción, compañía y emociones, el mismo Viola señala: «Se trata de algunos de mis artistas favoritos de siempre y me siento honrado y entusiasmado de acompañarlos en la Academia. Muchos de estos maestros me han influido y han sido fuente de inspiración para mí».

De hecho, a lo largo de su carrera, ha sido siempre notorio el interés y el influjo que el arte de los grandes maestros del pasado, especialmente del Renacimiento y el Barroco, ha tenido en su obra, puesto de manifiesto tanto en sus temas como en sus composiciones, que consiguen -desde su propia mirada contemporánea- imbuirse de ese sentimiento dramático de las emociones humanas característica de buena parte de la pintura religiosa, lo que hace que aparezcan como auténticos *tableau vivants*.

En este sentido, afirma de nuevo el videoartista: «Los viejos maestros eran justo un punto de partida. No me interesaba apropiarme de nada, ni volver a representarlos; quería meterme en el interior de esos

Bill Viola toma Madrid. Mientras participa en la escenografía del «Tristán e Isolda» de Wagner en el Teatro Real, la Real Academia de Bellas Artes de San

Fernando facilita en la muestra «En diálogo» el maridaje de sus vídeos con los grandes obras maestras que conforman su colección POR FRANCISCO CARPIO



El díptico «Montaña silenciosa» se exhibe junto a obras maestras de Luis de Morales y Zurbarán

«MONTAÑA SILENCIOSA»

El poder de resistencia del ser humano

No quiero dejar de apuntar una breve reflexión sobre una cuestión que espero sea más que una moda pasajera. Me refiero a esta singular mirada de un artista actual hacia el arte del pasado, que viene a incidir en un fenómeno que ha cobrado recientemente especial relevancia: las intervenciones en nuestros museos de algunos creadores contemporáneos (los casos más recientes serían los de Miguel Ángel Blanco en el Prado, Mateo Maté en cinco museos de Madrid, o Bernardí Roig en el Museo de Escultura de Valladolid).

Tal como afirmaba en estas mismas páginas José Jiménez, el respeto a la función de estos museos, junto a la seriedad, coherencia y necesidad de establecer un fructífero diálogo pasado-presente, deben ser las premisas innegociables sobre las que desarrollar estas intervenciones. Todas ellas se cumplen en este caso. Ya he señalado la admiración, el interés y el respeto que siempre ha mostrado Viola por el arte de los museos, por el arte del pasado. Eso sí, también hay algo que debo puntualizar que

quizás lo único que se echa en falta aquí es que hubiera realizado alguna pieza ex profeso para la ocasión, ya que todas las expuestas pudieron verse en Madrid en 2005. Habría sido un homenaje aún mayor a los maestros de la Academia.

Volver a nacer

Montaña silenciosa (2001) actúa como eficaz metonimia del poder de resistencia del ser humano ante una situación límite, y de su capacidad de autorregeneración. Dos pantallas de vídeo contiguas muestran la imagen de una mujer y de un hombre sometidos a un grado extremo de estrés y presión internos, que va aumentando hasta resultar insostenibles.

La excelsa *Piedad* de Luis de Morales «el Divino», o los excelentes retratos de cuerpo entero de algunos cartujos de Zurbarán (espléndido el del Padre Zume...), junto a su *Agnus Dei*, o incluso un delicado bodegón de su hijo Juan, oficiaban de dignos acompañantes de este *pathos* electrónico.

EL ÚNICO PERO DE LA CITA ES QUE VIOLA NO HAYA REALIZADO UNA PIEZA EX PROFESO PARA MADRID



El videoartista solicitó que las obras de Goya pudieran relacionarse con su obra «Rendición»

«RENDICIÓN»

Una sutil coreografía de las emociones

Rendición (2001) es, en mi opinión, la pieza de Viola más lograda, tanto desde un punto formal como también por todas las sugerencias y matices que evoca, convirtiéndose en una sutil y cromática coreografía de las emociones humanas. De nuevo, nos muestra la imagen de un hombre y de una mujer, también separados por un díptico, pero en este caso invertidos, de medio cuerpo; la de la pantalla inferior, que es la efigie femenina, cabeza abajo, como si se tratara del reflejo especular de la imagen superior. Una especie de singular interpretación de Narciso bifronte y bisexual.

Fundirse en un beso

Ambos se inclinan el uno hacia el otro, parece que van a encontrarse en un beso o en un abrazo, pero finalmente podemos comprender que cada imagen no es sino la reflexión en un plano de agua que coincide con la propia pantalla. Sumergirse para emerger, buscarse para desintegrarse. Ya he señalado la importancia simbólica y formal que el agua juega en muchas de las obras de Viola. Una tenue frontera a la iniciación, al ritual de la búsqueda, a la trascendencia. Esta imagen de una imagen se va distorsionando

cada vez más hasta llegar a un climax final en el que sus formas acaban convirtiéndose en una semiabstracta sinfonía de luz y color.

La compañía elegida en esta ocasión por el americano -al parecer fue la única petición que formuló, dejando total libertad en la elección de las otras obras de los grandes maestros- no puede ser más acertada: Goya. Así, su vídeo se encuentra flanqueado por huéspedes tan ilustres como el magnífico retrato de Moratín, o el no menos espléndido Juan de Villanueva. Junto a ellos, otros dignísimos compañeros de viaje serán el carnavalesco *Entierro de la sardina*, su *Auto-retrato ante el caballete*, o el que pintó en 1815. En una sala contigua le escoltan otros custodios de mérito como *Godoy*, *Príncipe de la Paz*, *La Tirana*, *Fernando VII a caballo* o dos grabados de la serie de «Los caprichos» (maravilloso e inquietante *Volaverunt...*).

Es de justicia señalar el excelente montaje dirigido por Almudena Palancar, que consigue una armoniosa y respetuosa cohabitación entre dos miradas artísticas tan dispares y a la vez tan próximas, así como el esfuerzo realizado por Jordi Teixidor, pintor, académico y el comisario de la muestra.